Colección Humanidades

1930



Crisis económica y golpe de Estado

Andrés Bisso

SERIE AÑOS CRUCIALES

EDICIONES UNGS
Universidad Nacional de General Sarmiento

1930
Crisis económica y golpe de Estado

ANDRÉS BISSO

1930
Crisis económica y golpe de Estado

EDICIONES **UNGS**
Universidad Nacional de General Sarmiento

Bisso, Andrés
1930 : crisis económica y golpe de Estado / Andrés Bisso. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2026.
182 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades. Años cruciales ; 9)

ISBN 978-987-630-880-9

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Estado. I. Título.
CDD 863.0222

EDICIONES **UNGS**
© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Provincia de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Serie Años Cruciales
Director: Ernesto Bohoslavsky (IDH-UNGS)

Comité Editorial:
Susana Bandieri (UNCO, CONICET)
Alejandro Cattaruzza (UBA, UNR, CONICET)
Gabriel Di Meglio (UBA, CONICET)
Alejandra Fernández (ICI-UNGS)
Daniel Lvovich (IDH-UNGS, CONICET)
Valeria Manzano (UNSAM, CONICET

Dirección editorial: Andrés Espinosa
Coordinación editorial: Francisco Marcaletti
Diseño gráfico de la serie: Daniel Vidable
Diseño de tapa y diagramación: Daniel Vidable
Corrección: Miriam Andiñach

Imagen de tapa:
Detalle de la portada de la revista Bambalinas (Año XII, N.º 684, 15 de agosto de 1931), dedicada a la obra teatral Gran Pericón Político del grupo Los Tres. Agradecemos a la Biblioteca de Teatro Alberto Mediza por facilitar la digitalización del ejemplar.

Tipografías:
Unna | Jorge De Buen & Omnibus-Type Team
Saira | Gatti & Omnibus-Type Team

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos reservados.

Impreso en Impresores SO.MI.AL.S.R.L.
Pedro Medrano 1257, Los Polvorines, Malvinas Argentinas, Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2026.
Tirada: 300 ejemplares.

L U A
Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación de la serie 9

Introducción 11

Capítulo 1
Yrigoyen hacia el treinta 25

Capítulo 2
Uriburu desde el treinta 61

Capítulo 3
Justo y la herencia uriburista 113

Conclusiones 151

Bibliografía 159

Cronología para entender 1930 175

Filmografía 179

Biografía del autor 181

Presentación de la serie

La gente cree que la historia es algo que sucede a la larga,
pero la verdad es que se trata de algo muy repentino.

Philip Roth, *Pastoral americana*, 2000

Esta serie está compuesta por libros que se centran en un año decisivo de la historia del actual territorio argentino entre 1776 y 2001. Ofrecen una reconstrucción de lo ocurrido en cada año, pero también de cómo fue recordado por las generaciones posteriores y representado en las películas, los manuales escolares y las canciones. Algunos años son más famosos e inevitables que otros (como 1810, 1930 o 1976), y otros son mucho más una apuesta por convencer a los lectores de que algo importante había ocurrido entonces y no lo habíamos tomado suficientemente en consideración.

¿Por qué la historia de un año? El año es una unidad natural del tiempo, es la vuelta de la Tierra alrededor del Sol. Pero también es una medida muy usada en nuestra cultura: organiza la memoria ("nací en el sesenta y tres / con Kennedy a la cabeza" o el más tanguero "yo soy del treinta / cuando a Yrigoyen lo empalurdaron") y los relatos que solemos desplegar. Y si bien hay muy buenos libros de historia argentina basados en años como *El 45: crónica de un año decisivo*, de Félix Luna (1969), o *En Buenos Aires 1928*, de Francis Korn y Martín Oliver (2017), en general los historiadores nos sentimos más cómodos con otras unidades temporales que permiten comprender mejor los procesos sociales y económicos, las repeticiones y continuidades, como por ejemplo: "los gobiernos radicales (1916-1930)", "el ciclo de inestabilidad política (1955-1983)", la "década infame (1930-1943)", entre otras fórmulas utilizadas.

No es esta una historia exhaustiva del país como la que ofrecen otras series consagradas, sino de sus años más importantes, aquellos en los cuales se produjeron cambios relevantes y muchas veces irreversibles para la fisonomía política y económica de la vida en esta parte del planeta. Para esta tarea fue convocada una decena y media de notables investigadoras e investigadores de la historia

de nuestro país. Además de ser especialistas en los períodos que interesan en cada tomo, se trata de autoras y autores que trabajan en distintos puntos de la Argentina: confiamos en que esa diversidad geográfica estimulará lecturas más sensibles sobre las diferencias entre los pasados de las regiones y las provincias, y nos dará un retrato más completo, más federal, del pasado argentino.

A grandes trazos, los autores y las autoras de esta serie examinaron cada año bajo dos coordenadas: ya sea como objeto de análisis en sí o como muestra de fenómenos más amplios que se articularon en una coyuntura. Quienes tomaron la primera de las opciones se interrogaron acerca de cuándo y por qué se considera que empezó y terminó un cierto año, y qué es lo que hace que ese sea un año crucial en la historia nacional: ¿cuándo acabó 1983, por ejemplo?, ¿con el juicio a las tres juntas militares en 1985?; ¿cuándo comenzó 1880?, ¿fue acaso con la campaña militar del general Roca el año anterior? Es una especie de historia total e intensa de un tiempo corto. En cambio, el segundo camino analítico señala cómo fue que tendencias de distinta profundidad, naturaleza y ritmo (la economía, la cultura, la demografía, etc.) quedaron anudadas bajo el tiempo corto y nervioso de doce meses de la política. Esta es un tipo de historia corta de procesos largos.

Podría plantearse que la historia de un año conspira contra la percepción ajustada de procesos no regulados por el tiempo burocrático del calendario. No creemos que sea así: esta serie parte de la idea de que esa dicotomía puede ser salvada o esquivada a través de textos que expliquen por qué se seleccionaron algunos años, cuál fue su relevancia y cómo ellos dejan ver procesos de fondo más lentos o más silenciosos. Quienes lean estos libros tendrán, como siempre, la respuesta acerca de si esta apuesta, finalmente, satisfizo sus inquietudes.

Esta serie fue inicialmente diseñada a fines de 2019, en buena medida inspirada en la colección "Años que cambiaron la historia del Paraguay" que publicó el diario *ABC Color* en Asunción. Sin embargo, los efectos de la pandemia retrasaron las tareas de investigación, escritura y trabajo editorial que se habían imaginado. En definitiva, la serie chocó de frente con un año crucial, el 2020, que vino a recordarnos a los humanos no solo la existencia sino la relevancia, a veces agazapada y "algo repentina", del cambio, o sea, de la historia.

Ernesto Bohoslavsky
Director de la serie "Años Cruciales"

Introducción

"I will live in the Past, the Present, and the Future!"
Scrooge repeated, as he scrambled out of bed.
"The Spirits of all Three shall strive within me".

Charles Dickens, *A Christmas Carol*.

El "largo" siglo XIX, el "corto" siglo XX, la "Década Infame" que duró más de diez años, la Guerra de los Cien Días de Napoleón, devaluada más de un 15 % en relación con su duración "real". Los historiadores estamos acostumbrados a lidiar con esa falta de precisión relojera en algunas de nuestras consideraciones cronológicas, y decimos "nuestras" sin importar si nacieron de la propia creación historiográfica o si fueron "heredadas" de la denominación hecha por los actores del momento. Lo mismo nos sucede al intentar definir un proceso histórico bajo la metáfora de 365 días que nos provee el calendario gregoriano. Claro está, siempre teniendo en cuenta que el año que nos convoca a la reflexión no es bisiesto, a diferencia de lo que les "sucedió" a los volúmenes hermanos de 1776 o 1916 que integran esta obra colectiva. Así, los números de cuatro cifras que componen cada uno de los libros de esta colección –de la que formamos parte como autores gracias a la generosidad de su director, Ernesto Bohoslavsky– resultan un utilísimo disparador de sentidos para comenzar la indagación. Eso sí, mientras no sean presentados bajo el formato de celosas fronteras aduaneras. El año numérico significa "lo que fue", pero también "lo que quiere decir" y "lo que significa". Incluso, lo que podría decirse de él desde la asociación libre, ¿por qué no?

Si Calderón de la Barca podía ver, ya hace casi cuatro siglos, a partir de la metáfora floral, lo "tanto" que se emprendía "en término de un día",[1]

[1] Nos basamos en los dos primeros cuartetos del soneto "A las Flores": "Estas que fueron pompa y alegría/ despertando al albor de la mañana/ a la tarde serán lástima vana/ durmiendo

cuánto más nos puede ofrecer la referencia anual para convertirse en plataforma de intelección de la experiencia humana. En ese sentido, como ya se adelanta en la presentación de esta colección, consideramos que un año puede ser –más allá de la posible arbitrariedad– un eficaz ordenador de la memoria, estableciendo parámetros de duración y referencias múltiples. Así se permite suponer en el caso del célebre tango "Yo soy del 30", que remite justamente al momento que tratamos y que también es citado en la presentación general de la colección de "Años cruciales" en la que se inserta nuestro aporte. En la canción referida, la marquesina "El 30" nos puede conducir a un hecho efectivamente producido en ese exacto año, al remitir a "cuando a Yrigoyen lo embalurdaron" –o empalurdaron, según la versión–, si es que, como puede interpretarse, ese engaño fue el del "Golpe de Estado" con que las fuerzas militares clausuraron su segundo mandato presidencial. Sin embargo, también nos puede derivar hacia otros episodios que no ocurrieron en esa fecha precisa, por haberse dado en otro año, pero sí en la década que el año referido inaugura, como al escuchar el "Cuando a Carlitos se lo llevaron" si es que con ello –como puede suponerse– quiere mencionarse la muerte de Gardel en 1935. Incluso la misma imprecisa referencia nos permite condensar un proceso dado a lo largo de varios años, como en la frase "Cuando a Corrientes me la ensancharon", que nos conduce al desarrollo de un proyecto de ingeniería civil –que el letrista se toma personalmente y bastante a pecho– que cubrió, bajo la mirada de tres intendentes diferentes, casi íntegramente la primera mitad de la década mencionada hasta la inauguración de esa celebérrima avenida porteña en el año de 1936.

Por otro lado, el poeta de "Yo soy del 30", Héctor Méndez, nació –a diferencia de la posterior literalidad de Fito Páez con su "Del 63" – en el año 1913, uno antes que el compositor que dotó de música a la obra, Aníbal Troilo. Con lo cual, esa identidad de la que se habla parece corresponder, en esos casos, con las adolescencias de los autores y no con sus orígenes biológicos. De una manera similar, podría pensarse en relación con las múltiples "promociones 1930" de egresados, como aquella del Colegio Nacional de Buenos Aires que contaba, entre tantos de sus miembros, a Guido Florido Pablo Parpagnoli, hombre de las "humanidades" que luego

en brazos de la noche fría/ Este matiz que al cielo desafía/ iris listado de oro, nieve y grana/ será escarmiento de la vida humana/ ¡tanto se emprende en término de un día!".

alcanzó reconocimiento en variados ámbitos. Parpagnoli, una vez egresado de aquella instancia y a continuación de la Universidad de Buenos Aires, fue secretario de redacción de la revista antifascista *Argentina Libre*, luego interventor de la Facultad de Ciencias Culturales y Artes de la Universidad Nacional de Tucumán durante el peronismo, en la que propició el ingreso de –nada menos que– Rodolfo Mondolfo en 1948 y en cuya ciudad sede de San Miguel de Tucumán, finalmente, creó también el grupo "Nuestro Teatro", casi una década más tarde. Luego de este periplo, ya "en el debe de la vida", en el año 1962, cuando Tito Reyes y Tita Merello estrenaban ese tango casi en simultáneo, si no Parpagnoli, alguno de sus tantos compañeros del Nacional Buenos Aires debe haberse sentido previsiblemente interpelado por ese "Yo soy del 30". Aunque ellos no habían nacido en esa fecha precisa, sí –seguramente– en ese año tomaron forma muchos de sus más perdurables recuerdos de estudiantina egresante.

A esa misma situación generacional remitía el escritor Arturo Cambours Ocampo cuando identificaba como "del '30" a una "novísima generación de poetas" contemporáneos que listaba a José Portogalo y a Víctor Luis Molinari, y en la que él mismo se incluía con sus veintidós años de edad. Desde esa declaración, Cambours Ocampo abría en la crítica literaria una discusión que llevó décadas sobre la pertinencia de esa definición que establecía –a partir de la publicación de una antología– una generación "en el acto", con intenciones de nacimiento y consagración a la vez, muy propias de esos años marcados por la voluntad fundacional del futurismo y las vanguardias en general. Como escribía Cambours, en una especie de épica sobria: "una generación que sin heroico pasado, llega a la literatura argentina con un solo fin: trabajar, es decir hacer obra".

Así, "ser del treinta", no era ni es, únicamente, el simple aunque contundente hecho de haber nacido en ese preciso año, sino también el proceso de anclar experiencias vitales individuales o colectivas bajo los efectos de ese referente. Ástor Piazzola hizo lo propio cuando, al componer en los años ochenta la *Historia del Tango*, eligió el año 1930 –momento en el que ya tocaba el bandoneón, a los nueve años de edad– para designar a uno de los movimientos que integró dicha obra para guitarra y flauta. Ligaba a 1930 no solo con una manera de interpretar el género musical prototípicamente porteño, sino también con una específica forma de sociabilidad. Para el marplatense, si el novecientos fue la era del burdel y 1960 la del *night* club,

1930 no podía dejar de asociarse al café y a la época en que la gente comenzó a dedicar más tiempo a escuchar tango que a bailarlo.

En fin, todo nos lleva a concluir que "1930" convocará para su construcción –como los Espíritus de las Navidades de Dickens– hechos de años pasados, presentes y futuros. Ellos combatirán en la interpretación a desarrollar, de la misma manera que otros sucesos lo hicieron dentro de Ebenezer Scrooge para modelar su nueva conciencia. Así, para contextualizar la fecha privilegiada del 6 de septiembre de 1930 –día del golpe de Estado– se incorporarán meses anteriores y posteriores al año en que ese suceso se integra, de manera estricta, según el calendario usual.

Con todo, la cronología múltiple que ensayaremos no debería deslucir la fortaleza concreta de la fecha y de los hechos producidos a lo largo de ese año puntual. Porque 1930 fue indudablemente crucial para específicas personas de carne y hueso, como para el exgobernador bonaerense Valentín Vergara, quien en sus propias "causas y azares" encontró la muerte ese año, a pocos días del golpe de Estado, pero unos meses después de haber traspasado el cargo ejecutivo a su sucesor democrático, Nereo Crovetto, quien a la postre –también un año crucial para él– fue el funcionario desplazado por los militares en la provincia. O para Alfredo Alcón, quien halló –en contraposición con Vergara– la vida y no la muerte en marzo de 1930, y lo hizo justo en el intermedio de la edición de las dos novelas de Roberto Arlt, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, las que 43 años más tarde –con ayuda de Mirtha, la hija del escritor– Leopoldo Torre Nilson recreó en el cine, y eligió al para ese entonces renombrado Alfredo Alcón, como el actor encargado de encarnar el papel de Remo Erdosain (sí, el que recibe de boca de Ergueta, el olímpico "rajá, turrito, rajá").

El año 1930 fue crucial también para la pareja de Dora Lía Ruggero y José B. Terry, nombres probablemente escritos por primera vez en un libro de historia, quienes se casaron en ese año. Y aunque menos crucial, podríamos decir que ese año fue muy significativo para Irineo Leguisamo, quien –ya "canonizado" en 1925 gracias a un luego famoso tango de Modesto Papávero– reafirmó su *expertise* sin igual como jockey, con la conquista por segunda vez del Gran Premio "Carlos Pellegrini", en esta ocasión sobre la montura de Cocles. Aún más decisivo fue ese año para el peón Sebastián Paz, quien, en el exacto día en que Yrigoyen delegaba el poder en su vicepresidente y según nos permite saber una nota policial de la época, asesinaba en Santa Fe –frente a ochenta compañeros que lo observaron todo sin

impedirlo– al capataz que venía de despedirlo por haberlo visto llegar, en varias oportunidades, borracho a su trabajo. Todos estos hechos afectaron las vidas de las personas nombradas y de muchos de sus allegados, y dejaron marcas que durarían largamente. Pensemos que, todavía en 1941, los comerciantes de la Capital Federal seguían reclamando que el Congreso Nacional instrumentara las reparaciones por los daños y destrozos que los hechos de violencia relativos a la revolución del 6 de septiembre de 1930 habían producido en sus locales comerciales.

Crucial fue finalmente ese año para un padrino y para un apadrinado.

Contemos una última historia.

El 15 de junio de 1930 nació en la localidad bonaerense de Saladillo, Hipólito Víctor Raúl Meritens. Séptimo hijo varón. El niño no solo fue apadrinado por el primer mandatario nacional de acuerdo con lo que dictaba la costumbre, sino que además recibió en homenaje extra, como primer nombre de pila, el mismo con el que más se identificaba a Yrigoyen, quien, recordemos, portaba uno bastante más extenso: "Juan Hipólito del Sagrado Corazón de Jesús", registrado en 1856, cuatro años después de su nacimiento.

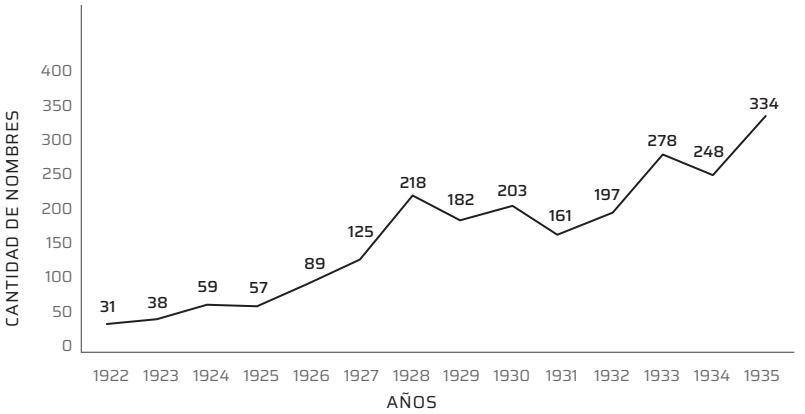
En ese 1930 redondo ("como una uva", diría Neruda), los tutores del recién nacido Meritens podrían haber elegido, como primer nombre, alguno de los apelativos de hombre que más circulaban por las pampas y que fueron anotados –en ese año– más de doscientas veces, como eran los de José, Antonio, Juan, Francisco, Alberto, Manuel, Pedro, Luis, Carlos, Roberto o Domingo. Así lo hicieron, por ejemplo, los padres del sociólogo Sebreli, nacido casi dos meses después del golpe uriburista al que él mismo definiría de "nacionalismo de élite", quienes eligieron para el futuro animador de *Contorno*, así, con la combinación "Juan José", dos de los nombres más recurrentes del momento.

En cambio, los Meritens decidieron honrar a su séptimo vástago poniéndole como primer nombre otro también bastante popular en la época, el de "Hipólito". Dicho apelativo había recibido, en formato simple o combinado, y con no poca influencia del aura presidencial seguramente, nada menos que 165 inscripciones durante ese atribulado 1930. Desgraciadamente, sin embargo, para el "hijo lobo" saladillense, los beneficios de la contundencia de ese padrinazgo presidencial duraron menos de tres meses, al perder el nominativo "Hipólito", de manera vertiginosa, los efectos de la veneración

oficial. ¿Podía recriminárseles a los tutores del bebé Meritens una especial falta de *timing* bautismal?

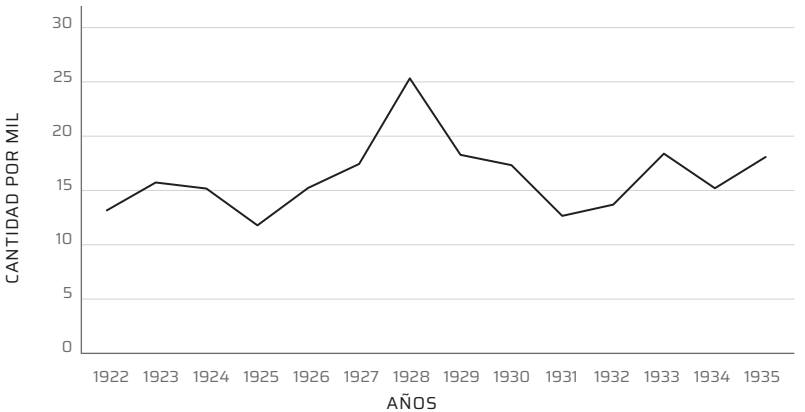
Precisamente, una forma que juzgamos original de advertir la continuidad y las pendulaciones en relación con el culto a Hipólito Yrigoyen, podemos verla en las imposiciones de nombres relacionados con el del exmandatario a niños y niñas en el Registro Civil. Como vemos a partir de los siguientes dos gráficos, la disposición de los adultos a bautizar como Hipólito o Hipólita a sus hijos se mantendría firme en el transcurso de los años que rodean a 1930, aunque con varios puntos a destacar. Hemos tomado para el rastreo, como puntas de los gráficos, el año de la finalización del primer mandato yrigoyenista (1922) y el de la vuelta al concurrencismo electoral, un par de años luego de la muerte del mandatario. Podremos ver, mediante estos cuadros, que el uso de Hipólito para nombrar niños, en sus diversos formatos mantuvo una conducta bastante regular de recurrencia durante la presidencia de Alvear (1922-1928), bajó sensiblemente en el año posterior de la división partidaria de 1924, fue creciendo a medida que dicha presidencia llegaba a su fin, para explotar y dar un salto hacia arriba de manera evidente durante 1928, *annus mirabilis* y de vuelta a la presidencia de Yrigoyen. La no tan buena experiencia de ese segundo gobierno puede verse en cierta retracción del uso de dicho nombre en los años 1929 y 1930, para llegar al punto más bajo en 1931, momento de cárcel del líder y único año completo de ejercicio dictatorial. Sin embargo, "Hipólito" se recuperó en los años siguientes, y llegó a mostrar en 1933 –año de la muerte del dirigente– un nuevo *boom* de inscripciones, y ratificó así la rehabilitación canonizada de su figura. Finalmente, aunque con menor recurrencia en los dos años posteriores, el nombre de "Hipólito" llegó al año de fin de la abstención partidaria con niveles de vigencia similares a la media evaluada.

Gráfico 1. Cantidad de nombres "Hipólito e Hipólita" (total)



Fuente: elaboración propia basada en el "crudo" estadístico provisto por el Registro Nacional de las Personas.

Gráfico 2. Cantidad de nombres "Hipólito e Hipólita" (por cada 10.000 nombres)



Fuente: elaboración propia basada en el "crudo" estadístico provisto por el Registro Nacional de las Personas[2].

[2] Agradezco al profesor Pablo Moro la mención del repositorio digital por el cual fueron elaborados los gráficos.

1930 afectó, como vimos, a los dos Hipólitos, al anciano y al neonato. Sin embargo, aparentemente, por una especie de autoimpuesto *ukase* historiográfico, los años –para instituirse como mojones de sentido– deberían ser cruciales para más personas que un puñado de selectos transeúntes del pasado que podrían o no haberse llamado "Hipólito" o "Hipólita". La cuestión es entender, como diría con su pertinaz lunfardo el ya mencionado Roberto Arlt, cronista recurrente de esos tiempos, por qué en ese año de 1930 se fraguan "unos minutos que valen en vento lo que pesan en la historia patria", en especial a partir de esos días puntuales en torno del golpe de Estado, que marcaron la agenda política y social durante más de una década.

Impuestos en una lógica que solo cierto pudor metodológico nos impide definir como "estructural", iremos a reivindicar, entonces, que pocos años del siglo XX pueden protestar con tanta autoridad esa condición de relevancia, como el "tumultuoso" (la adjetivación es de Manuel Gálvez) que nos convoca. Y es que en 1930 se produce el primer golpe de Estado dado por las Fuerzas Armadas de la Nación, que acababan de cumplir medio siglo de profesionalización. A partir de allí, sucedió algo antes previsto por el autor teatral chileno Armando Moock, cuando viviendo en esa época en Buenos Aires alertaba a los optimistas en relación con el alivio momentáneo que traería la destitución yrigoyenista: "Cuando en un país esto ocurre –la historia lo dice– cuesta mucho reintegrar al ejército a sus cuarteles y restaurar un orden democrático".

Y es que, en efecto, con ese suceso comenzó un desgraciado periplo para la institucionalidad y el juego democráticos en nuestro país. Todavía en su mensaje de 1989 frente a la Asamblea legislativa, el presidente Raúl Alfonsín (un niño de tres años y medio cuando el levantamiento septembrino), podía sostener sin dudar que con 1930 se había inaugurado un período en el que "el autoritarismo, la violencia y la arbitrariedad eran norma de las dictaduras y al mismo tiempo tentaciones a las cuales se cedía con deplorable frecuencia durante los interregnos constitucionales". Ese golpe inaugural no solo resultó efectivo al plantear la opción de nuevas reglas, protocolos y estrategias en el horizonte de las dictaduras que se legitimaban implícitamente mediante su referencia seminal, sino que además logró un efecto complementario durante décadas. Al forzar, una vez concluida cada experiencia dictatorial, la proscripción electoral –primero del radicalismo, después del peronismo– debilitaba a los propios gobiernos civiles elegidos bajo esa irregularidad de origen, volviéndolos pasibles, por ende, de la influencia militar que podía hacer cesar su mandato.

Lo paradójico, lo sabemos, es que estos golpes de Estado se hicieron –casi siempre– con la justificación de retomar el camino de la democracia extraviada por gobiernos reputados como demagógicos. Así, se llegaba al colmo de la contradicción, cuando el ministro de Guerra de José Félix Uriburu, definió a este general golpista –en un intento de panegírico *post mortem*– nada menos que como "un sacerdote de la Constitución". Esto, a pesar de que el mencionado, en una entrevista que le habían realizado durante su mandato al frente del Ejecutivo, había descripto de manera mucho más cruda y descarnada su acción de interrupción de la normalidad democrática como, sencillamente, "una operación de guerra". Con todo, en una ambigüedad propia de la tensión entre ruptura y continuidad del "orden" que suponían estos hechos, Uriburu siguió sosteniendo, curiosamente, hasta el final de su vida, que él había "hecho más por nuestra democracia que muchos de los que pretenden haber hecho maravillas con ella".

Las consecuencias de ese proceso inaugurado en 1930 pueden verse en un chiste de *Mafalda* (su autor, Quino, nació unos pocos meses después del fin de la primera experiencia de gestión militar) en el que "Manolito" –pensemos, en el año 1965, ya pasados tres golpes de Estado y a las puertas de un cuarto– dudaba acerca, incluso, de la necesidad de tener un presidente.

En especial, parecía sugerirse en el entretelón de los cuadritos, que dicha necesidad quedaba aún más en duda, cuando el presidente era especialmente irresoluto, como se pensaba –en ese caso– de Arturo Umberto Illia, ese médico pergaminense al que recomendó en 1928 el propio Yrigoyen para asistir la salud de los ferroviarios de Cruz del Eje. El propio Illia vivió con intensidad los años que aquí reseñamos, ya que luego de ser despedido de la mencionada función sanitaria, precisamente a raíz del golpe de Uriburu, se decidió a comenzar una carrera política que le permitió llegar a ser vicegobernador de la provincia mediterránea en 1940 y luego primer mandatario nacional en 1963.

Pero además de la cuestión política, en 1930 se desatan, de manera perceptible, los efectos de la crisis económica mundial iniciada a fines del año precedente. En los últimos días de 1929 se había producido el abandono del "patrón oro" por parte de la administración radical, con el objetivo de proteger las reservas que habían disminuido un tercio en un año y medio. La desbordante emisión de pesos en papel que, por otro lado, se daría en paralelo, mostró una merma en el nivel de salarios que los socialistas no dudaron en denunciar –poco antes de la caída de Yrigoyen– como el advenimiento de una

nueva "era de Juárez Celman", lo que podía –por ende– ser pensado como el presagio de una "revolución" como aquella ocurrida en 1890, que había desbancado al mencionado sucesor del presidente Julio Argentino Roca.

En todo caso, el proceso económico desatado daría lugar a cambios fundamentales en la matriz productiva de la Argentina. Ello ha hecho que la fecha pueda ser considerada como ninguna otra –aunque con las reservas del caso y la relatividad propia del quehacer académico en la perspectiva de Juan Carlos Korol– "una divisoria de aguas en la economía". Pero es más, esta especie de –para continuar con las metáforas hídricas– Rubicón historiográfico de 1930 también definió –con anhelos de precisión, es cierto, heterogéneos– un antes y un después en esferas tan variadas como las de: la democracia interrumpida; la industria nacional surgente; el fútbol en tránsito a la profesionalización; el cine sonorizándose; el rol del Estado reforzado y, el sindicalismo unificado, solo por mentar seis referencias potentes de interacción humana. A esa particular sinfonía de cambios, se sumaba, finalmente, la alineación casi perfecta –como quizás pocos años puedan remitir en el siglo XX– con el resto del mundo, en cuanto al reconocimiento de 1930 como un momento de bisagra en la historia, a partir del surgimiento de penurias económicas con consecuencias que serían advertidas rápidamente en el plano político y cultural.

El célebre escritor alemán Thomas Mann no dudaba en calibrar con gruesas medidas lo profundo de la crisis, en una conferencia dada en 1930, cuando era el Premio Nobel de Literatura vigente y estaba fresca todavía la elección legislativa que había otorgado más de seis millones de votos al nazismo: "Tan pesado como el plomo –como en los más oscuros años de la guerra–, el peso oprime el pecho de todos, impidiéndonos respirar (...) el torbellino de la carestía y la exasperación nerviosa nos arrastra a todos; parece que no hay manera de evitarlo". En una cita más lacónica, un empresario paradigmático de la época, Henry Ford, decía simplemente: "Es el fin de una era".

Si, como señala Díaz Alejandro, la crisis fue "un punto de inflexión del desarrollo latinoamericano", dentro de ella, la región sudamericana fue la más automática en hacer derivar el descalabro económico y social hacia un cuestionamiento de los órdenes políticos establecidos. En muchos de estos planteos se dio una inusitada interacción entre las demandas estudiantiles y el protagonismo militar, lo que permitió un estado de cosas propicio y de justificación a la interrupción de varios gobiernos de nuestro subcontinente bajo advocaciones no carentes de épica discursiva. Entre ellas, la que

el presidente de la *Liga Patriótica*, Manuel Carlés, dedicó bajo el título "A los beneméritos estudiantes argentinos". Jóvenes que, en muchos casos, habían festejado "el Golpe" porque pensaban que Yrigoyen era un "crápula" –como lo reconoció luego, dolido por haber tenido ese pensamiento, Julio Cortázar en una entrevista que le diera hacia el fin de su vida a Osvaldo Soriano. Así, en nuestro país, una célebre –al menos para los aficionados a la filatelia– serie de conmemoración del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, explicitaba rápidamente esta idea de conjunción entre ambos sectores (Ejército y juventud) bajo la bandera argentina y el "amparo" de la aviación, la marina y la infantería.

Imagen 1. Estampilla conmemorativa del Golpe de Estado



Fuente: Samowerskyj, Miroslavo, *Sellos postales de la República Argentina*, Buenos Aires, 1987, p. 21

En el mismo año en que la Argentina cerraba bruscamente su primer ciclo democrático bajo la Ley Sáenz Peña, otros sucesos igualmente estremecedores para la cotidianidad institucional se desarrollaban en las naciones situadas al sur del Canal de Panamá: la caída de la República Vieja en Brasil, el fin del Oncenio de Augusto Leguía en Perú y la destitución de Hernando Siles en Bolivia. Al año siguiente en Chile, Carlos Ibáñez del Campo se vio obligado a dimitir como jefe de Estado y partir hacia el exilio; mientras que en Paraguay, también en 1931, el presidente José Patricio Guggiari era sometido a juicio político –justamente a raíz de la represión a una movilización estudiantil– aunque con posterior suerte favorable a su continuidad.

Con un poco más de retraso, los efectos desestabilizadores llegaron en 1933 al Uruguay, a partir del autogolpe dado por el presidente Gabriel Terra que encaminó a ese país hacia su primera dictadura.

Sin embargo, más allá del contexto internacional y específicamente sudamericano, finalmente, si todo "estalló" en nuestro país, en ese año de 1930, fue porque los acontecimientos producidos en ese momento particular de la Argentina tuvieron su cuota incuestionable de azar, y no podrían ser explicados únicamente a partir de los "antecedentes" de las estructuras políticas y económicas. Tampoco la concreción del golpe de Estado significó el establecimiento de un régimen cerrado y previsible para el desarrollo de los acontecimientos futuros. Nuestro propósito, por ello, es explicar la fecha no solo en su evidencia, sino también en su "latencia", pensando tanto en los múltiples sentidos de transformación que se vivenciaron en el momento, como en los que se le adosaron posteriormente de manera más o menos verosímil. Esperamos con esa metodología, evitar la caída en el *dictum* que otro Premio Nobel de Literatura europeo, Elías Canetti, expresó frente al "oficio" que realizamos:

> La Historia lo expone todo como si no hubiera podido acontecer de otra manera. Sin embargo, hubiera podido acontecer de cientos de maneras. La Historia se pone del lado de lo ocurrido y lo separa de lo no-ocurrido mediante un contexto sólidamente imbricado. Entre todas las posibilidades se apoya en una, la que ha sobrevivido. Y así, la historia da siempre la impresión de estar a favor de lo más fuerte.

Efectivamente, las cosas "finalmente" ocurrieron de una manera precisa, pero ella no estaba cerrada para los actores históricos en el momento en que las vivían, y por ende tampoco debería estar cancelada para nosotros la reflexión de las múltiples posibilidades de sentido que esa experiencia supuso y facilitó. En especial, en esos momentos, en que como en otras instancias de la historia, "lo sólido pareció desvanecerse en el aire".

Así, para pasar sin solución de continuidad de Karl Marx a Walt Disney, deberíamos decir que, como una especie de pronóstico de los agitados tiempos venideros, el 18 de diciembre de 1929 se daba a conocer un corto de 7:07 minutos de Mickey Mouse. Su nombre: *Wild Waves*. Esas olas salvajes que amenazaban a Minnie y de las que el cada vez más célebre ratón intentaba rescatarla, se volvieron una metáfora de los problemas que tendría que

afrontar el mundo y frente a los cuales, muchos actores políticos y sociales se convirtieron durante toda la nueva década –como el propio Mickey de *Fantasía* lo experimentaría en 1940– "Aprendices de hechiceros", que habían convocado confiados al "Espíritu" de la época y luego –sin mensurar su eventual poder– no habían podido librarse de él, y fueron expulsados y condenados por la nueva coyuntura.

Lo mismo le sucedió en España al general Miguel Primo de Rivera, dimitente del poder y exiliado antes de que terminara el primer mes del "año crítico" que nos convoca. De cierta manera, su especie de réplica argentina, el general José Félix Uriburu, personaje que atravesará recurrentemente las menciones de este libro, podría ser pensado bajo su malhadada dictadura –con menos despliegue que su antecedente español– como uno entre otros tantos atribulados Mickey Mouses, en rápida transición del rol de salvador de peligros ("conductor de un pueblo en hora turbulenta" lo llamó Carlos Ibarguren) al de iniciador de desastres de la década que comenzaba. Intentaremos, a continuación, recuperar la dinámica de esas tribulaciones.